

Psicología y desarrollo humano

Aumenta el flujo de las palabras, disminuye su sentido

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

No tenemos datos para sostener que hoy se hable más que en el pasado, pero sí han aumentado los medios para difundir la palabra tanto escrita como hablada, así como se han extendido las posibilidades para acceder a estas nuevas fuentes de comunicación.

Comunicación «técnica»

Estamos invadidos literalmente por ríos de palabras: reuniones en constante aumento para programar, evaluar, compartir, decidir; elaboración de documentos, análisis, estrategias, planes a corto y largo plazo; informaciones precisas y detalladas de la situación de cada institución para sus miembros; audífonos que nos aseguran hasta el aburrimiento nuestras canciones preferidas; televisores y radios encendidos a todas horas; Internet móvil, beeper o celular que no conocen barreras de tiempo o espacio; pancartas publicitarias que tapizan cada rincón de la ciudad; libros, revistas y periódicos de todo tipo; estéreos en el carro, la oficina, la casa; talk shows que vulgarizan las experiencias más íntimas de la vida de la gente en una logorrea superficial y agresiva... Y la lista correría el riesgo de ser demasiado larga si pretendiera ser exhaustiva.

Asistimos, por un lado, a la reducción de la comunicación a algo técnico, donde el lenguaje digital y lógico parece engullir cualquier atisbo de imaginación y poesía. En el extremo opuesto, podemos encontrar también una exaltación de la emotividad pura, que sale a flote en un lenguaje altamente subjetivo, desarticulado y falto de estructura. Y los dos extremos se agudizan en la medida en que no encuentran un punto de diálogo dentro de la persona misma.

Se empobrece la comunicación

El silencio, el gusto por estar con los propios pensamientos y sentimientos, por escuchar y esperar, por evocar e imaginar, parecen haber menguado, si no desaparecido. Las palabras se asemejan cada vez más a notas amontonadas sin pausas. La cantidad no ha beneficiado la calidad. Se está produciendo un cambio significativo del lenguaje que parece encaminado hacia una mayor pobreza.

Algunos psicólogos, a propósito de los adolescentes actuales, hacen notar que dentro de un clima educativo que exalta la espontaneidad, la apertura y la «libertad», el lenguaje se reduce principalmente a expresar los propios deseos o ganas: «¡Hago lo que quiero!» Poco importa si esto coincide o no con los deseos ajenos, si lo que quiero es útil y necesario, o si lo que digo puede ofender la dignidad del otro. Ya no se hace referencia a un valor o a un sentido, sino a un impulso que domina al sujeto, más que ser él quien domine sus pasiones. La vida intelectual se vuelve más visual que conceptual. Es más importante sentir o ver, que comprender. El lenguaje pierde su función de control y su pobreza, tanto hablada como escrita, se hace cada día más manifiesta. «El desarrollo del lenguaje de los adolescentes, de donde se inspiran también los adultos para hablar, está encaminado hacia la afasia: la ausencia de la palabra», comenta un experto. Se trata en la mayor parte de un lenguaje

entrecortado y chocante, cada vez menos elaborado y que tiende a ser más concreto que abstracto, a recurrir a palabras nuevas o cuyo sentido ha sido desvirtuado. A veces se asiste a una contracción de la misma palabra que se reduce a un sonido casi inarticulado, musitado entre los dientes.

Cuenta más expresar emociones que comprender los hechos. Los medios de comunicación no se quedan atrás en esta tendencia. No importa tanto informar con honestidad y verdad al lector o al espectador; basta conmover, suscitar su interés. No importa saber o entender, sino persuadir el público. Además de los crecientes errores ortográficos o gramaticales, la mayoría de los periodistas trabaja con informaciones sacadas de agencias, cuya veracidad está muchas veces en entredicho.

El triunfo del pseudoconocimiento, de la aproximación superficial y de lo sensacional (qué no decir del amarillismo de nuestros noticieros), no hace más que dar la última palabra a la imagen y, por otro lado, disminuir la capacidad de conocer y estar con la realidad en profundidad.

Nuevos vocablos

El lenguaje juvenil se hace cada vez más codificado, sustituyendo –como afirmábamos antes– el lenguaje conceptual y elaborado. No faltan ejemplos de esta tendencia que se manifiesta mediante fórmulas que cambian según los periodos: «chido » para decir ‘agradable, de buena calidad o clase’; «fuera de onda» en lugar de ‘distraído’; «qué onda» para preguntar cómo está uno, o «es la onda» para definir una moda o una convicción común; «chafa» para clasificar algo de mala calidad; «qué padre» para describir algo muy bonito y atractivo. La lista podría seguir y ser puesta al día continuamente. En todo caso, confirma la pobreza de vocabulario para encontrar un nombre, verbo o adjetivo que califique una relación, situación o persona.

En el clima educativo y cultural de nuestros días, es preciso que los adultos imiten a los adolescentes y los jóvenes, ya no lo contrario. El habla común se transforma así en una caja de resonancia de esta tendencia que exalta la adolescencia y la juventud, y las propone como metas ideales para todas las etapas de la vida.

Palabras ordinarias asumen significados distintos, perdiendo a veces su etimología. No sólo se forjan vocablos o expresiones nuevas, sino que también términos de uso común se van alejando de su antiguo significado y adquieren diferentes acepciones, a menudo reductivas. Un ejemplo entre muchos es lo que acontece con el término ‘caridad’. Lejos de toda la riqueza y profundidad tanto humana como bíblica de esta palabra, se le reduce en muchos ambientes a sinónimo de hacer o dar una limosna. Lo que antes se nombraba como caridad es ahora sustituido, por ejemplo, con ‘solidaridad’, un término seguramente más popular y común. ¿Se trata simplemente de una sustitución? ¿Se ha encontrado una palabra más «comprensible» y cercana a la sensibilidad de la gente? Se podría suponer que este cambio constituye una riqueza, un aumento en la capacidad de captar y manifestar la realidad tanto interior como exterior. Si miramos más detenidamente el ejemplo, podemos ver que en ese caso no es así. Los términos ‘solidario’ y ‘solidaridad’ vienen del latín *solidus*, que quiere decir ‘firme, macizo, fuerte’. Según la definición del Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, ‘solidaridad’ indica «adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros». Se refiere, por lo tanto, a una responsabilidad mutua, a algo compartido que produce a su vez cohesión entre quienes dan y quienes reciben. Este término se ha

desarrollado y ha tenido su auge en el ámbito social y caracteriza, según el matiz más común que se le ha tribuido, el querer compartir lo que se tiene con otros menos afortunados... Mientras que la palabra 'caridad', en su acepción bíblica, contiene la idea de un regalo, de un don de amor cuyo origen no es primeramente humano, sino divino, ya que manifiesta la misma realidad del Dios de Jesucristo. ¿Simple pérdida de una acepción, atribuible a una falta de conocimiento o de cultura?

Términos vagos

Junto al empobrecimiento o transformación del significado de las palabras, asistimos a la progresiva desaparición de vocablos en favor de otros cada vez más omnicomprendidos y globales. Por ejemplo, todo es «cosa», o «eso-ése», términos vagos y neutrales, que pueden referirse a cualquier realidad, concepto o persona. Con mucha frecuencia no se sabe siquiera si existe un nombre más preciso; tampoco se tiene el deseo de buscarlo. Poco a poco se reduce el abanico de las posibilidades semánticas y la riqueza verbal de un idioma puede quedar en un millar de vocablos parecidos a una llave maestra sin identidad. Y así, nos vamos pareciendo cada día más a aquel poeta, descrito por Chesterton, que no oyó «el cacareo de los gallos, el griterío de las cacatúas, el graznido de las cornejas, el cloqueo de las gallinas, el gorgoteo de los pavos...» (CHESTERTON, GK: Ensayos, Porrúa, México 1985, p. 141), y que redujo este concierto de la naturaleza a un indefinido e incoloro ruido de animales.

Pérdida del sentido

Más allá de una simple preocupación académica o culta, lo que cabe destacar es que la manera de utilizar el lenguaje es, muy a menudo, expresión de una cierta manera de pensar y vivir. Octavio Paz observaba que la corrupción de una sociedad comienza con la corrupción de la gramática, la disgregación del lenguaje. El flujo vacío de las palabras y su «barbarización» no son sólo indicio de baja cultura o ignorancia, sino de inmoralidad. Advierte el finado poeta sobre los peligros y las responsabilidades del lenguaje y sostiene que «las raíces de las palabras se confunden con las de la moral: la crítica del lenguaje es una crítica histórica y moral. Todo estilo es algo más que una manera de hablar: es una manera de pensar y, por lo tanto, un juicio implícito o explícito sobre la realidad que nos circunda»

(PAZ, O.: *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México 1994, p. 177).